

gués. El apocado monarca se entregó entonces á discreción del gabinete inglés; Hyde de Neuville, que había comprometido á su patria, fué llamado por Villele; Pamplona cayó en desgracia, y Palmella, ahora omnipotente, pasó á Inglaterra para tratar del asunto del Brasil. La corte de Londres se encargó de mediar, como Canning deseaba, y el diplomático inglés, Carlos Stuart, trasladóse á Lisboa y obtuvo de Juan VI, el trece de Mayo de mil ochocientos veinticinco, que le entregase una carta renunciando á sus derechos sobre el Brasil en favor de su hijo primogénito. De Lisboa, Stuart marchó á Río-Janeiro, firmándose por sus gestiones un tratado en debida forma entre la colonia y su metrópoli, el veintinueve de Agosto. Antes de finalizar el año que corría, la independencia del Brasil estaba reconocida no sólo por Portugal, sino por Europa. Nada se había dicho de los derechos de don Pedro á la corona de su padre, y este silencio estaba preñado de peligros para lo porvenir; pero Canning no acostumbraba á afrontar las dificultades hasta que se presentaban, y tenía sobrado talento para no sorprenderse ó atemorizarse ante cualquier eventualidad. Por el momento, le bastaba con haber asegurado en América numerosos mercados al comercio inglés, que, bajo el creciente influjo de las nuevas doctrinas libre cambistas, iba á desarrollarse en breve de modo prodigioso. Bajo su administración inteligente, liberal y patriótica, Inglaterra se había elevado en pocos años á un alto grado de poder é inferido á la Santa Alianza fuertes golpes, que no debían ser los últimos; podía estar satisfecho de su obra.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO

La emancipación de Grecia.



El esfuerzo realizado por Turquía en mil ochocientos veintidós, para someter á los griegos, había resultado inútil. Mahmud, que sitiaba á Larisa, tuvo que levantar el cerco de esta plaza, y, sorprendido por Kolokotronis y su sobrino Nikitas, apodado *Tragaturcos*, fué casi totalmente aniquilado. Al tener noticia de la tremenda derrota, Kurchid-Bajá temió el castigo y se envenenó. Al año siguiente, envió otro ejército el Sultán á las provincias helénicas; pero esta nueva tentativa para dominar la insurrección fracasó, como la precedente. El ejército turco no pudo tomar á Anatólico, defendido por el inglés Martín, con seiscientos hombres, y debió regresar al Epiro, en mal estado. Los griegos sufrieron en esta campaña la pérdida de Marcos Botzaris, su héroe más admirado y popular, que murió en una sorpresa nocturna llevada á cabo contra la vanguardia enemiga cerca de Carpenisi, el veinte de Agosto de mil ochocientos veintitrés. Su hijo Constantino, digno de tal padre, vengó su muerte.

La retirada de las fuerzas otomanas ensoberbeció á los griegos, entre cuyos jefes renacieron con más brío que nunca las antiguas querellas y rivalidades. Hasta hacía poco, habían subsistido al lado del poder central, reduciéndolo á la impotencia, los tres gobiernos locales constituidos en mil ochocientos veintiuno, uno en Morea, otro en la Grecia occidental y el tercero en la oriental. La asamblea nacional, reunida en Astros en Febrero de mil ochocientos veintitrés, pudo suprimirlos, no sin trabajo; pero no consiguió extin-